

ct

Instantes de errancia y locura

de
Silvia Peláez

(fragmento)

Adaptación de la novela corta e inacabada Lenz de Georg Büchner.

PERSONAJES

LENZ, de 41 años

Alrededor de 1792. Los costales de la trinchera, son montículos de tierra. A un lado, un balde con agua y un diario. Frente a los montículos, una hilera de pasto seco. A lo lejos se escuchan voces difusas.

Lenz está sentado sobre los montículos. Viste una bata blanca, larga, y va descalzo, con los pies llenos de lodo. En las manos tiene un caballito de madera, antiguo. La luz parece encuadrarlo como si estuviera en un espacio muy reducido.

LENZ

Cumbres y altas laderas cubiertas de nieve. Abajo, en los valles, piedra gris, espacios verdes. Hace un frío húmedo, el agua escurre por las rocas, lentamente, y salta al camino. Nubes grises recorren el cielo, y todo es tan denso. La niebla se evapora. *(Trata de tocarla.)* Subo y bajo. *(No se mueve realmente.)* No siento cansancio. A veces quisiera caminar parado de cabeza. *(Toma un cuaderno. Su diario. Escribe.)* El bosque gris se agita bajo mis pies. La niebla devora las formas. *(Se echa hacia atrás como si se le viniera una montaña encima.)* Tal vez porque ese sueño que persigo, está perdido realmente.

Todo está muy pequeño, o soy yo quien ha aumentado su tamaño. Todo tan húmedo, tan mojado. *(Deja el diario a un lado. Se levanta.)* Quiero alcanzar todo. Como un gigante. Pero todo queda tan lejos. Las que me hablan al oído, las voces... a veces son como truenos resonantes, que se acercan con violentos bramidos. Y ahí vienen, las nubes, persiguiéndome.

(Toma el caballito de madera.) Y esas voces dentro de mi cabeza, que me roban el sueño. Y yo, y tú, Lenz te aferras a ella. Amada niña, Cornelia, yaces en el fondo del lago, ahogada en sus aguas frías. Tu rostro se ha enrojecido, pareces incandescente, a pesar de la muerte que baila contigo. No, no, no. No mueras así. Eres un alma nueva, en cambio yo... *(Mira hacia el cielo.)* Instantes de vida, eso soy. Emociones instantáneas que me atraviesan. Tu cabello, mojado, como rubias algas que danzan en tu cabeza. Óyeme, niña, óyeme. ¿Por qué no abres tus ojos y me miras y me dices qué hacías tan cerca de la orilla? ¿Por qué no pude salvarte? Este recuerdo me agita y me agota. Me lleva a un paisaje gris y brumoso. Cornelia amada mía, muerta. Como la Ofelia *(actúa como Ofelia)*: ¡Oh! ¡Qué trastorno ha padecido esa alma generosa! Y yo, la más desconsolada e infeliz de las mujeres, que gusté algún día la miel de sus promesas suaves. ¡Oh! ¡Cuánta, cuánta es mi desdicha!

(Vuelve a ser Lenz, y se sienta, agotado, sobre una piedra.) Que no llegue la noche. Que no llegue la angustia. Las sombras son peor angustia que las voces. *(Toma tierra entre sus manos.)* Ya llegó el deshielo. Pasan las nubes entreveradas de azul. *(Se oyen campanadas.)* ¿Escuchas Lenz? Llaman a misa. Tú no tienes nada que hablar con Dios. ¿Por qué dejó que Cornelia se ahogara? Mira allá esos fieles que suben y bajan por angostos senderos. Mujeres y hombres, jóvenes en severos trajes negros, el pañuelo blanco doblado sobre el misal. *(Pausa. Mira el horizonte, suspira, se jala el cabello, suda.)* El pequeño cementerio de nieve se ha derretido, un rosal tardío se reclina en el muro, flores adormiladas se asoman entre el musgo.

Se acurruca, se cubre la cabeza como si le doliera.) Y surge otro Lenz. El que no soporta las noches de insomnio, la soledad, y el recuerdo de la muerte de la niña. No pude salvarla. Niña muerta, perdóname. *(Vuelve a caminar, lleva en las manos el caballito de juguete.)* Llego al cementerio. Musgo oscuro bajo las cruces negras. Y la tierra cubre cuerpos que fueron vivos. Y no lo soporto. ¿Dónde van las niñas muertas? ¿Cómo se puede olvidar ese cuerpo delicado y suave, aún tibio? ¿Qué hago yo con ella tendida en mis brazos, y muerta? No lo soporto, no puedo, no puedes Lenz. No, no, no. La música de las voces entra en mi sangre y me da paz. No, no se callan. El silencio y las sombras me perturban. En el silencio surgen las otras voces, esas que no entiendo. Los cantos han cesado. Y todo es dolor. Ahí están, otra vez, las voces, cantando.

(Tararea.)

(Cambia la luz, penumbra. Lenz se acuesta. Parece dormir.)

Voces de mi cabeza. Ofelia: “*Duda que ardan las estrellas, duda que se mueva el sol, duda que haya verdad, mas no dudes de mi amor*”. No, no, no comprendo. Mejor será dormir un poco. Buenas noches Lenz.